

Cristo vive, Cristo ha resucitado

Sexto domingo de Pascua
30 de abril de 1978

Hechos 8, 5-8.14-17
1 Pedro 3, 15-18
Juan 14, 15-21

Hermanos:

El tiempo pascual va tocando ya a su fin, que coincide con una manifestación de las más trascendentales de Dios entre los hombres. Dentro de quince días, se habrán cumplido ya los cincuenta días de Pentecostés y estaremos celebrando la venida del Espíritu Santo que corona el tiempo pascual. Por eso, estos domingos, ya desde el domingo pasado, este y el siguiente, Jesucristo quiere hablar por medio de su Iglesia acerca de ese Espíritu que prolonga la presencia del Redentor entre los hombres. Son domingos estos, pues, de mucha importancia para nuestra instrucción cristiana y, sobre todo, para vivir con esperanza, con fortaleza y alegría, nuestra vida cristiana en la tierra.

Por eso, tenemos que tener en la tierra bien clavados los pies; porque esta vida que Cristo trae a los hombres no es para arrancarlos de la historia, sino para poner en el corazón del hombre, que hace la historia, la fortaleza cristiana con que todo hombre tiene que ser un constructor de su propia historia. Un cristiano que no viva la fuerza del Evangelio entre las realidades de la tierra es lo que llamamos un cristiano desencarnado, desubicado; mejor sería un ángel que un hombre. El hombre, entre los cuales Cristo ha venido a poner su doctrina, su fe, su Iglesia, es el hombre concreto, nosotros, que estamos en esta misa o a través de la radio, estamos reflexionando en la palabra de Dios *hoy*,

en este último día de abril de 1978, *aquí*, en San Salvador o en los pueblos o cantones donde se está meditando esta palabra hoy.

Hechos de la semana

Por eso, no podemos olvidar que en nuestro ambiente se está preparando un primero de mayo, un Día del Trabajo, entre esperanzas y temores, entre logros y frustraciones. Por ejemplo, ¿quién no piensa en este día del trabajador en diecisiete obreros del ingenio de la Central Izalco, presos desde el 30 de enero por participar en una huelga que busca un contrato colectivo? ¿Quién no ve en el día del trabajador un fracaso en treinta y cinco obreros segregados de sus compañeros de trabajo en la fábrica INCA, mientras a los demás se les halaga con ventajas y privilegios para quitarles la idea de entrar en un sindicato?

La misma lucha contra el derecho de organización se manifiesta en varias fábricas, donde se está negando al obrero ese derecho humano de organizarse para defender sus propios derechos. Naturalmente que no se trata de una defensa parcial contra la parte patronal, sino que se busca un entendimiento de las dos fuerzas que hacen el progreso. Porque obreros y capital, parte laboral y parte patronal, tienen que conjugarse en el verdadero progreso.

Por otra parte, hermanos, no podemos olvidar que un grupo de abogados lucha por una amnistía y publica sus razones que le han movido a pedir esta gracia a tantos que perecen en las cárceles. Estos abogados denuncian también anomalías en el procedimiento en la Cámara Primera de lo Penal, donde el juez no permite a los abogados a entrar con sus defendidos, mientras se permite a la Guardia Nacional una presencia que atemoriza al reo, que muchas veces lleva las marcas evidentes de la tortura. Un juez que no denuncia las señales de la tortura, sino que sigue dejándose influir por ellas en el ánimo de su reo, no es juez justo.

Yo pienso, hermanos, ante estas injusticias que se ven por aquí y por allá, hasta en la Primera Cámara y en muchos juzgados de pueblos; ya no digamos, jueces que se venden. ¿Qué hace la Corte Suprema de Justicia? ¿Dónde está el papel trascendental, en una democracia, de este poder que debía de estar por encima de todos los poderes y reclamar la justicia a todo aquel que la atropella? Yo creo que gran parte del malestar de nuestra

patria tiene allí su clave principal: en el presidente y en todos los colaboradores de la Corte Suprema de Justicia, que con más entereza debía de exigir a las Cámaras, a los juzgados, a los jueces, a todos los administradores de esa palabra sacrosanta, la justicia, que de verdad sean agentes de justicia. Yo quiero felicitar a los abogados, cristianos o no cristianos, pero con gran sentido de justicia están poniendo el dedo en la llaga. Ojalá todos nuestros abogados sean de verdad una esperanza de la justicia, tan maltratada en nuestro ambiente.

Tenemos que lamentar, en esta semana también, la muerte de dos policías. Son hermanos nuestros. Ante el atropello y la violencia, jamás he parcializado mi voz. Me he puesto, con compasión de Cristo, al lado del muerto, de la víctima, del que sufre; y he pedido que oremos por ellos y nos unimos en solidaridad de dolor con sus familias. He dicho que dos policías que mueren son dos víctimas más de la injusticia de nuestro sistema que, denunciaba el domingo pasado, entres sus crímenes más grandes: lograr confrontar a nuestros pobres. Policías y obreros o campesinos pertenecen todos a la clase pobre. La maldad del sistema es lograr el enfrentamiento de pobre contra pobre. Dos policías muertos son dos pobres que han sido víctimas de otros, tal vez pobres también, y que, en todo caso, son víctimas de ese dios Moloc, insaciable de poder, de dinero, que con tal de mantener sus situaciones, no le importa la vida ni del campesino, ni del policía, ni del guardia, sino que lucha por la defensa de un sistema lleno de pecado.

Lv 20, 1-5

Tal vez una perspectiva de esperanza podía ser la solemne inauguración, ayer, de la tercera fase del seminario de reforma educativa. Yo quiero felicitar la presencia de los centros católicos en ese cónclave donde hay que defender una esperanza de nuestro pueblo. Porque si una reforma educativa solamente es el solemne aparato para seguir —en la escuela, en el colegio, en la juventud, en los maestros— creando un instrumento de dominación, de alienación y no un proceso educativo en que se formen artífices de la historia de la patria, sería una de las frustraciones más espantosas, que en educación tanto hemos lamentado. Tengo el juicio de expertos en educación que dicen que ojalá principios muy valederos de la reforma de 1968 no se echen a perder, sino que se perfeccionen y se lleven a realidad. Por ejemplo, un proceso educativo en que los principales actores son el alumno y

la realidad nacional. Que se capacite a los niños y a los jóvenes a analizar la realidad de su país; que los prepare para ser agentes de transformaciones, en vez de alienarlos con un amontonamiento de textos y de técnicas que lo hacen desconocer la realidad. Así, hay muchos técnicos, muchos sabios, muchos profesionales que saben su ciencia, su profesión, pero que son como ángeles, desencarnados de la realidad en que actúan su profesión. Lo primero que debe de buscar una educación, pues, encarnar al hombre en la realidad, saberla analizar, ser críticos de su realidad. Una educación que sea educación para una participación política, democrática, consciente. Esto, ¡cuánto bien haría! Porque se están perdiendo tantos valores salvadoreños porque la educación no los ha hecho responsables de esa participación en el bien común.

PP 41

También me dicen estos expertos que han estudiado la reforma del 68, que hay allá también un sentido de autonomía nacional que valdría la pena seguirlo cultivando. Descubrir en su propia realidad las fuerzas del crecimiento, del desarrollo, de la identidad nacional, así como también los malos efectos de la dependencia de otras naciones. Estamos celebrando con grandes participaciones de escolares y de colegiales el 15 de septiembre, pero ¿qué les estamos enseñando? Fiesta de la independencia, pero dependientes tremendamente. Como decía el Papa en la *Populorum progressio*: un imperialismo cultural, económico, mucho peor que el político. Enseñar al alumno, pues, este sentido de autonomía nacional, hacer de ellos agentes de verdadera independencia, críticos de esa dependencia, de esa esclavitud internacional.

Luego, otro principio de reforma ya anunciado el 68, es el cultivo de la ciencia y de la técnica en servicio del bien común y no solo en beneficio de unos privilegiados. Una gran energía de la técnica se va en el servicio de unos pocos y no del bien común. Y muchas veces nuestros técnicos, que han costado tanto al país, en vez de dedicarse al bien común de la patria, van buscando sus ganancias personales y familiares, y se van del país. Fuga de cerebros, fuga de capacidades que empobrecen más nuestro pobre ambiente, que necesita esos técnicos para que le den salida a tantos problemas de que estamos adoleciendo.

El fruto de una verdadera reforma educativa debía ser: maestros, escuelas, colegios que sean verdaderos analizadores críticos de la realidad nacional y sepan transmitir criterios sanos,

eficaces, a las nuevas generaciones. Quiera el Señor, pues, bendecir este esfuerzo del Ministerio de Educación y no dejarse manipular y engeguecer, sino que, al contrario, sea respuesta a una angustia y a una esperanza de estos grandes problemas de nuestro pueblo.

Ahí tienen, hermanos, de parte de la Iglesia señalando algunos respiraderos. Y lo digo así porque, hace unos domingos, un joven que escuchaba la homilía, y me decía: “¿Y qué podemos hacer, pues?”. ¡Qué pregunta más interesante! La que oían los apóstoles cuando predicaban: ¿qué podemos hacer? Y le dije: la Iglesia no te puede dar una técnica, la Iglesia no posee un sistema; la Iglesia inspira cristianismo a los sistemas, a los hombres, para que ustedes, que viven en el mundo, agudicen su inventiva, busquen soluciones. Y si ya tenemos estructuras como las que acabo de señalar, una Corte Suprema de Justicia, un Ministerio de Educación, ya son dos estructuras que, si de veras se pusieran al servicio del pueblo y con sincero deseo de salir de este torbellino de violencia, yo creo, hermanos, que mucho se haría, por lo menos, pequeños pasos pero definitivos en la salida de este atolladero de la patria.

Hch 2, 37

La Iglesia no es la responsable de esos campos, solo que, como predicadora del Evangelio y de la moral de Cristo, señala los pecados donde quiera que se encuentren y llama a la conversión. Porque el día en que cada hombre y cada mujer que está trabajando o viviendo en las estructuras que ya tenemos transforme su corazón en un corazón de cristiano, de veras que lo pondrá y será un agente muy eficaz en la construcción de una patria mejor. Por eso, la Iglesia lo que hace es recurrir a sus fuerzas específicas.

Vida de la Iglesia

Y aquí viene una serie de noticias y de avisos para que todos colaboremos para hacer nuestra Iglesia. Aquí, sí, ya nos ponemos en un ambiente de hogar, de familia, para que compartamos juntos estas esperanzas íntimas, intraeclesiales.

Mañana comienza el mes de la Virgen, mes de mayo. Si es cierto que no vamos a fomentar el sentimentalismo, una devoción falsa a la Virgen, yo sí quiero decirles, hermanos, que María es inspiración para todos los tiempos. Y el mes de mayo debía significar para todos, diría, no solo los católicos, sino también

Lc 1, 38

para todos los salvadoreños que andan buscando una esperanza fuerte en esta hora, miren a María, alma de oración, alma comprometida con su pueblo pero, sobre todo, comprometida con su Dios: “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra”. Una invitación, pues, para hacer del mes de mayo un mes de oración, un mes de reflexión, un mes de inspiración en la Virgen María, y verán cuánto bien nos hace esto. La piedad popular —dice el papa Pablo VI— será para muchos hombres el único encuentro con Cristo y con Dios. Y, ciertamente, María es un camino seguro para encontrarse con Dios.

Mañana, primero, como todos los primeros de mes y, sobre todo, mañana, Día del Trabajo y del día del inicio de mayo, día de San José Obrero, yo quiero invitarles a un acto que yo tengo mucho gusto de celebrar todos los primeros de mes. Allá en la bonita capilla expiatoria del Hospital de la Divina Providencia, a las 5:00 de la tarde, celebramos una Hora Santa. Les invito para que hagamos este principio de mayo y en esa Hora Santa una súplica a la Divina Providencia para que tenga misericordia de este país.

En este marco de piedad popular, un recuerdo y un aviso. El miércoles de esta semana, 3 de mayo, nuestro pueblo celebra la fiesta de la santa cruz. Es una fiesta típica. Quien quiera saber una de las expresiones, de las interpretaciones más bonitas, lea la famosa poesía de Alfredo Espino¹ al 3 de mayo y verá, en el costumbrismo de nuestra tierra, esas flores de mayo, de las primeras lluvias de nuestro invierno, y esas frutas que adornan las cruces de nuestros patios; ¡qué invitación más bella para ver en la cruz de Cristo aquello que saluda la liturgia: *ave crux, spes unica*², salve cruz, única esperanza! Sintámosla así, hermanos, más que una fiesta folclórica, adornemos la cruz poniendo flores y frutas con una gran esperanza en el corazón.

Quiero anunciarles también que el próximo domingo, 7 de mayo, un domingo antes de Pentecostés, la Iglesia nos invita a celebrar el Día Mundial de las Comunicaciones Sociales. Comunicaciones sociales se llaman todos esos instrumentos que son la radio, la prensa, la televisión, el cine, que son maravillosos medios

¹ Se refiere al soneto *La cruz de mayo*. Cfr. A. Espino, *Jícaras tristes*, San Salvador, 2001¹³, p. 63.

² *Liturgia de las horas*. *Himnario latino*, Himno de Vísperas, en la fiesta de la Exaltación de la santa cruz.

de comunicar los pensamientos; y si no se usan para el bien, pues, son grandes instrumentos que se manipulan para crear una opinión común falsa. En esto hemos lamentado muchas veces la falsía de nuestros medios de comunicación social. Y un llamamiento, en ese día, para que sepamos ser críticos en el uso del periódico, del cine, de la televisión, de la radio. Oigamos con crítica, busquemos la verdad. No todo lo que nos dicen es verdad. Sepamos colar tantas mentiras y sepamos sacar el poquito de verdad.

También es para que agradezcamos al Señor nuestros medios propios de comunicación. Gracias a Dios tenemos un periodiquito, *Orientación*, que cada día encuentra más ambiente; tenemos una radio a través de la cual llevamos el pensamiento de la Iglesia. No se olviden, hermanos, que es una radio manejada por hombres y que entre los hombres hay muchas imperfecciones. Sepamos distinguir también entre programas y programas. Cuando el arzobispo habla, como en este momento, es una voz oficial de la Iglesia; pero yo no soy responsable de muchos otros programas, yo no soy responsable de las canciones rancheras y de todos esos programas que allí se elaboran con un sentido de querer ser fiel, sí, al pensamiento de la Iglesia y no traicionar ese pensamiento. Y esto ténganlo por cierto, que todos los colaboradores de los medios de comunicación social de la Iglesia quieren tener una sintonía con el pensamiento de la Iglesia actual. Y por eso, antes de condenar nuestros medios eclesiales, sepan discernirlos y sepan más bien preguntarse si no será que el gusto de los que usan estos medios católicos está un poco estragado, manipulado, y solo quisiera un servicio en el mismo orden de mantener una situación pecaminosa; y por eso, duele muchas veces al oído un reclamo contra la injusticia, contra el desorden.

En este mismo orden de la Iglesia, se acerca el día de Pentecostés. Y estamos preparando la confirmación de jóvenes que ya se anuncia como un éxito de la pastoral del sacramento de la confirmación. Ese mismo día de Pentecostés, celebra nuestra patria el Día del Seminario. Les voy a pedir para entonces mucha oración. El mismo acto juvenil de la confirmación será un mensaje de vocaciones, de seminario. Y no se olviden también que es necesario, tanto para los medios de comunicación social como para el sostenimiento de nuestro seminario, la ayuda material, económica del pueblo de Dios.

Quiero anunciar, también ya, que el próximo 3 de mayo va a comenzar, en la parroquia de Miramonte, el novenario para concluir con el aniversario de la muerte del padre Alfonso Navarro, 11 de mayo, que lo celebraremos con todos los queridos sacerdotes y con todas las comunidades de la arquidiócesis.

Quiero agradecer y saludar a la comunidad de San Marcos, donde el padre Mario Sanconatto y su feligresía celebraron al patrón San Marcos y me llenaron el corazón de alegría al ver una comunidad viva y palpitante.

También, hermanos, quiero recomendarles, el lunes a la 1:00 de la tarde, en nuestra emisora católica, el comentario que el padre Luis Burguet hace de esta homilía y a la cual él, con un criterio muy sano, muy científico, sabe aportar otros valores que a mí, naturalmente, se me pueden escapar.

Finalmente, quiero unirme en oración con las familias dolientes de la niña Mirtala Rivas Laguardia y don Hipólito Morales, y también pedir una oración por María Isabel Campos y por todas las necesidades de las familias y personas que tienen la bondad de estar, en esta hora, en comunión con la Iglesia del arzobispado.

Por eso, hermanos, ahora yo quiero hacer, de las lecturas que se acaban de escuchar, un mensaje al trabajador. Quiero anticipar, en mi homilía de hoy, una palabra iluminada por la palabra de Dios al mundo del trabajo. Y cuando digo trabajador, mundo del trabajo, estoy pensando no solo en los obreros, no solo en los campesinos, pienso también en las partes patronales, pienso también en el capital, en el gobierno, en los hombres de la política, en el comercio, en los que han sido víctimas de incendios, en todos los que luchan y trabajan. Todo es trabajo. También al contemplativo que en su monasterio reza, se mortifica, ayuna y se hace santo, víctima por el mundo. Todos trabajamos. Solamente deja de trabajar el vicioso, el haragán, el que no es constructor de la historia. Esos son los verdaderos marginados.

Pero todo mundo que se preocupa poniendo al servicio del bien común trabajo, capital, política, esfuerzos, somos trabajadores todos. No nos dividamos. Tratemos de buscar bajo ese título el trabajo, nuestra propia vocación. Vivir el encanto de mi vocación sacerdotal. Vivir, tú, el encanto de tu profesión de abogado, de médico, de ingeniero. Tú, obrero, sentir todo el orgullo de tu serrucho, de tu cuchara de albañil. Sentir, tú, campesino,

también el orgullo de tu machete, de tu arado, de tus bueyes. Y tú, señora del mercado, también la alegría de ganarte la vida bajo la inclemencia de sol. Allí, luchando, cada uno es un trabajador. Qué hermoso sería ver que el hombre es imagen de Dios, del Dios, que como dijo Cristo: “Mi Padre trabaja”.

Jn 5, 17

Dios construyó el mundo y no lo ha dejado perfecto porque lo confió a sus imágenes. Intencionalmente dejó sin concluir el mundo para que los hombres lo perfeccionen. Cuando hoy los hombres, en la técnica moderna, encuentran el secreto del átomo, la energía del sol, los secretos de la tierra y del mar, no están creando nada nuevo; la creación ya la hizo el gran trabajador, Dios, pero ha dejado a sus hijos, sus imágenes, que vayan encontrando en el átomo, en la tierra, en el mar, en los espacios, en los viajes interplanetarios... Con su trabajo humano, el trabajador hombre imita al trabajador Dios y está perfeccionando la creación y está transformando el mundo.

Cristo, por eso, es la revelación de Dios trabajador y la revelación del hombre trabajador. Fijémonos en Cristo, porque así como dice la primera lectura de hoy: “Felipe bajó a una ciudad de Samaria y les predicaba a Cristo”, esto es lo que ha venido predicando la Iglesia, porque en Cristo está la gran revelación de Dios y del hombre. Precisamente, en ese encuentro que los hombres, por no interpretarlo bien, han hecho la lucha de clases, las diferencias sociales; pero que si lo interpretáramos como Cristo, que empalma el trabajo infinito de Dios y el trabajo infinito del hombre, haríamos la sociedad de la paz, de la justicia, del progreso. Predicar a Cristo en primer lugar, y este es el pensamiento central de mi homilía: Cristo vive, Cristo ha resucitado.

Hch 8, 5

Cristo vive y es Dios

Cristo vive y es Dios. Nos ha dicho la segunda lectura, la carta de San Pedro: “Murió en la carne, pero volvió a la vida por el Espíritu”. “Murió en la carne”. Toda carne muere; toda carne envejece. La carne es la que crea las diferencias entre los hombres, entre viejos y jóvenes, entre ricos y pobres; la carne. Pero esta carne muere. Todas las cosas materiales mueren. Tienen su valor temporal, relativo. “Pero resucitó en el Espíritu”. Esta es la vida que vale la cuenta tener. Tener a la vista para saber trabajar no

1 P 3, 18

por una carne que perece, no por unos bienes que se quedan con la muerte, sino teniendo a la vista al gran trabajador que murió como todos los trabajadores, pero que vive ahora en el Espíritu.

Jn 14, 16

El Espíritu vive en vosotros —les dice Cristo a los apóstoles— y está con vosotros. Si Cristo sigue viviendo hoy, hermanos, es gracias a ese Espíritu que Él nos dio. Pero ese Cristo, hombre trabajador... ¿Se acuerdan cuando lo confundían con los carpinteros de Nazaret? ¿Cómo está predicando éste si conocemos que es el hijo del carpintero? Esta es la mirada despectiva de los hombres, cuando miran en el obrero nada más que al hijo de otro obrero. Pero cuando la fe descubre que ese obrerito de Nazaret lleva encarnada la vida de Dios, entonces, hermanos, comprendemos esa hermosa página del Concilio Vaticano II: en el obrero Cristo Jesús, está encarnado Dios, y en Él todos los miembros humanos se han elevado a una dignidad altísima, divina. De tal manera, que todo hombre puede decir al mirar sus manos: hubo unas manos que fueron manos de Dios, y mis manos de obrero pueden ser también manos de Dios si me identifico con ese Cristo, que es Dios obrero encarnado en un... Dios que se encarna en un obrero.

Mc 6, 2-3

GS 22

Todas las profesiones —y vuelvo a recordar aquí que el Día del Trabajo es el día de todos los hombres— sintiéramos que aquello en que nos ocupamos para servir a nuestros prójimos y para ganarnos la vida, son los medios humanos que, como Cristo, los podemos poner al servicio de Dios; culto de Dios, como decíamos el domingo pasado cuando hablábamos del sentido sacerdotal del hombre bautizado. Mis miembros humanos, bautizados, se han hecho miembros de Cristo y, como miembros de Cristo, tienen una perspectiva divina; y el sudor del obrero, la preocupación del profesional, el trabajo sincero del político que busca el bien común se identifican con el pensamiento, con la mano, con el sudor, con los pasos de Cristo, Dios hecho hombre.

Por eso, hermanos, yo quisiera que releyéramos en la segunda lectura todo lo que significa esta inspiración de Cristo para nosotros. “¡Glorificad —dice San Pedro hoy a todos los obreros y a todos los hombres—, glorificad en vuestros corazones a Cristo Señor y estad siempre prontos para dar razón de vuestra esperanza a todo el que os la pidiere; pero con mansedumbre y respeto y en buena conciencia, para que en aquello mismo en que sois calumniados queden confundidos los que denigran

1 P 3, 15-16

vuestra buena conducta en Cristo; que mejor es padecer haciendo el bien, si tal es la voluntad de Dios, que padecer haciendo el mal”.

Hay dos mundos, hermanos, que lo componemos los hombres. El mundo sincero de quienes tratamos de seguir a Cristo e inspirar en Él nuestra acción y el mundo que vive de espaldas a Cristo; aquel que, en el Evangelio de hoy, dice Cristo: no ha conocido al Espíritu y por eso no os conocen tampoco a vosotros. El mundo de los que sufren por hacer el bien y el mundo de los que sufren por hacer el mal. El mundo de los que son torturados e injustamente calumniados y perseguidos, y el mundo de los que persiguen, tal vez pensando hacer un bien, atormentando y acribillando a los demás. Pero vale la pena —dice Cristo— poner la esperanza en el corazón y dar razón de esa esperanza.

Jn 14, 17

Yo creo que nuestra Iglesia en San Salvador está dando razón de su esperanza, porque no pone su esperanza en el poder ni el dinero, sino que la pone en la fuente de su esperanza que es Cristo crucificado. Es la esperanza su fidelidad al Evangelio. Su esperanza está en ser fiel a Dios. Por eso, les digo a mis queridos sacerdotes, a las comunidades religiosas, a los colegios católicos, a las parroquias, a las comunidades de base: no se dejen seducir ni por los halagos del poder y del dinero ni por el seguimiento de falsas ideologías, que tampoco allí está la esperanza verdadera. La esperanza verdadera no está en una revolución de violencia y de sangre; ni la esperanza está en el dinero y en el poder. Ni en izquierda ni en derecha. La esperanza, de la cual tenemos que dar razón y por la cual hablamos con valor, es porque está en Cristo, que aun después de la muerte, aunque sea muerte de asesinato, Él es el que reina y todos los que con Él hayan predicado su justicia, su amor, su esperanza, su paz.

1 P 3, 15

Esto es, hermanos, el Cristo trabajador, el Cristo que, en miembros de un obrero, encarna la dignidad infinita de un Dios. Dichosos, trabajadores, en el Día del Trabajo, si hacen consistir el reclamo, las reivindicaciones sociales que ustedes tienen derecho, no apoyándose en ideologías de la tierra, no dejándose seducir solamente por el poder de la fuerza bruta, no confrontando con otra fuerza bruta, sino con la razón, con la fe, con la esperanza, con el derecho que se apoya en el Dios, fuente de todo derecho.

¿Cuál es el dinamismo de Cristo?

Por eso, mi segundo pensamiento es este: ¿cuál es el dinamismo de Cristo? Si Cristo es el modelo y la fuente de todo trabajador, ¿dónde está su dinamismo?

Precisamente, este domingo nos prepara para recibir al Espíritu Santo dentro de quince días, y allí oímos que Cristo dice: pediré al Padre que os envíe el Espíritu; y lo llama “otro Consolador”, lo llama “Espíritu de la verdad”, lo llama también “consumación de la unidad”. Hermanos, este lenguaje que parece como ininteligible en el Evangelio de hoy, sin embargo, es el mensaje cumbre de este domingo, cuando Cristo dice: “No os dejaré desamparados, volveré. Dentro de poco, el mundo no me verá, pero vosotros me veréis y viviréis, porque yo sigo viviendo. Entonces sabréis que yo estoy con mi Padre, vosotros conmigo y yo con vosotros”. Voy a repetirles esta frase que parece un enigma y, sin embargo, es la revelación más sublime de nuestro cristianismo: “Yo, Cristo, estoy con mi Padre, vosotros conmigo y yo con vosotros”. ¡Miren qué cadena más bella! “El que acepta mis mandamientos y los guarda, ese me ama; al que me ama, lo amaré mi Padre, y yo también lo amaré y me revelaré a él”.

¿Qué quiere decir esto, hermanos? Es la revelación más sublime. Tu vida, trabajador; tu vida, pobrecito que vives en una casa de cartón o rico que vives en un palacio; tu vida no tiene sentido si no es entrando en esta corriente, identificándose con Cristo; porque unido con Cristo, tú estás con Dios y Dios está contigo. Esta es la dinámica de Cristo; ésta es la energía divina del Espíritu.

Por eso, la Iglesia después de veinte siglos con tantas persecuciones, con verdadera furia de acabar con ella, que tiempos hubiera acabado. En El Salvador, ya estuviera terminada. Pero la fuerza, el dinamismo de esta Iglesia no está en los hombres que podemos ser muy frágiles y muy pecadores. No me asusta cuando me critican de pecados, porque los tengo. Y ¿quién no los tiene? Y aquellos que miran la pajita en el ojo ajeno se han olvidado que llevan una viga en el suyo; y que primero debían de quitarse la viga de sus propios ojos, el estiércol de su propia mirada, para no mirar con miradas de estiércol a los demás. Es necesario que tengamos esta perspectiva. La Iglesia, por sí, humana, no consistiera, no viviera; sin embargo, la Iglesia per-

sistirá porque es compuesta por hombres que ponen su confianza frágil en Cristo, y Cristo está en Dios, y Dios está en Cristo y en nosotros. Es una corriente que va de la tierra hasta el cielo por medio de Cristo y por medio de Cristo baja del cielo a la tierra trayéndonos el Espíritu de Dios, Espíritu de verdad, Espíritu de fortaleza.

Queridos hermanos, en las vísperas de Pentecostés, en este Día del Trabajo, yo les invito a que hagamos de nuestro trabajo, cualquiera que sea, no un motivo de divisiones, de contiendas, de rivalidades. Todos los trabajos son honrados, todas las situaciones sociales son buenas cuando se dejan arrastrar por esta corriente que nos eleva en Cristo hasta Dios, y de Dios baja llena de amor a los hombres. Por eso, Cristo pone, como señal de permanecer a esta corriente, de pertenecer a esta vida de Dios, una condición indispensable: “Si me amáis, guardaréis mis mandamientos”. Y al final del Evangelio dice: “El que acepta mis mandamientos y los guarda, ese me ama”. Aquí está el secreto de la verdadera dinámica. Aquí está la verdadera fuerza del cristianismo: el amor.

Jn 14, 15

Jn 14, 21

Por eso, no me cansaré, hermanos, aun cuando las fuerzas revolucionarias, que solamente lo esperan todo de metralletas y de cosas que no pueden sembrar paz, sino odio y rencor, que quieran criticar a la Iglesia porque solo predica el amor; o de aquellos lenguajes que no quieren entender el amor que la Iglesia predica porque es un amor dinámico, no es un amor de muerte, no es un amor de conformismo; es un amor que lucha. Y en el primero de mayo, yo les quiero decir, a los obreros, que está bien la lucha de sus reivindicaciones, pero no las hagan consistir solo en las débiles fuerzas de sus brazos y de sus organizaciones.

Quiero leerles este pensamiento del papa Pablo VI cuando en *La evangelización del mundo actual* dice esto: “La Iglesia se esfuerza por insertar siempre la lucha cristiana por la liberación en el designio de salvación que ella anuncia”. Quiere decir que todas esas luchas de liberación en las cuales están empeñados los obreros, las organizaciones, cualquier gente que se agrupa para defender un derecho humano, una liberación, la Iglesia no la mira con indiferencia. Fíjense bien, no la mira con indiferencia; pero no quiere decir que se identifique con ella. Lo que la Iglesia hace es asumir el esfuerzo liberador de los hombres e insertarlo en la salvación que ella predica; porque ella sabe que toda salva-

EN 38

ción, que toda liberación, que toda reivindicación que obreros, campesinos, gente quiera trabajar no tiene eficacia, no tendrá éxito si no se incorpora a la gran salvación que la Iglesia predica. La Iglesia es la liberadora por excelencia, porque ella predica la obra de Cristo.

La salvación de Cristo

Y este es el tercer pensamiento y último de esta homilía: la salvación de Cristo. El gran trabajador, Cristo, ha hecho una obra; obra que durará por los siglos, en la cual durarán también las obras de todos los trabajadores si se incorporan a esa obra salvadora del Señor. Allí no hay trabajo pequeño. Todo bautizado, por más humilde que sea, el campesino que se gana la vida con su machete sacando tarea es tan grande como el médico con su bisturí en una sala de operaciones, como el político, si saben hacer de su trabajo un servicio a la salvación integral de la humanidad.

Esto es lo que la Iglesia predica. Por eso, la Iglesia no se puede parcializar con ninguna fuerza liberadora de la tierra. La Iglesia no puede ser Bloque Popular Revolucionario, la Iglesia no puede ser FAPU³, la Iglesia no puede ser Partido Demócrata Cristiano ni tampoco PCN⁴ ni ORDEN. La Iglesia no puede ser nada de eso. Pero la Iglesia le dice a unos y a otros: ánimo en los esfuerzos de verdadera liberación; así como también le dice: eso es pecado, cuando abusan de su poder o cuando quieren llevar la política por caminos torcidos, o hacer de sus capitales fuerzas de explotación del hombre por el hombre. La Iglesia es libre para poder predicar a un partido y a otro, a un grupo o a otro, a una clase o a otra; la Iglesia, sin pertenecer a ninguna, tiene una autonomía para decir esto que ha dicho Pablo VI: “Ella trata de insertar siempre la lucha cristiana por la liberación en el designio de salvación que ella anuncia”. La salvación que la Iglesia anuncia es la salvación que predicaba Felipe a los de Samaria, es la predicación que escribe Pedro en su carta de hoy, es la que San Juan en el Evangelio está predicando este domingo en todo el mundo.

EN 38

³ El Frente de Acción Popular Unificada (FAPU) aglutinaba a varias organizaciones populares.

⁴ El Partido de Conciliación Nacional (PCN) era, en ese momento, el partido en el gobierno.

Es, entonces, ¿cuál? La liberación, ante todo, del pecado. Cristo dice hoy claramente: “El mundo no puede recibir el Espíritu porque no lo ve ni lo conoce”. El mundo del pecado. Por eso, la Iglesia siempre tendrá conflictos en el mundo porque ella predica una liberación del pecado. Y este es el designio de la Iglesia muchas veces: no quedar bien ni con unos ni con otros. Aquellos que la halagaban porque pensaban que estaba con ellos, resulta que un día les dice: “No, tú eres pecador; tampoco estoy contigo”. La liberación del pecado.

Jn 14, 17

La Iglesia no sería Iglesia del Evangelio si estuviera bien con una clase social sin denunciarle su pecado. La Iglesia no sería auténtico Evangelio de Cristo si se dejara manipular de una agrupación que esté con los pobres, pero enseñándoles caminos de violencia y de pecado. La Iglesia promueve al hombre en el amor. La Iglesia es amor aunque no lo quieran comprender. Claro que es un amor fuerte, un amor que, como el de los padres justos, corrige a su hijo aunque lo quiera, porque no lo quiere pecador. Por eso, la Iglesia muchas veces es tratada como que ha traicionado a las amistades; pero es porque tiene que decir la verdad aun a los amigos más queridos; porque en eso consiste su amor: en querer arrancarlos de las garras del pecado para ponerlos en camino de conversión hacia Dios. Y si no lo hace así, no sería verdadero amor.

Y la Iglesia, finalmente, es la unidad consumada en el amor. Vuelvo a recordarles la bella revelación de Cristo: vosotros en mí, yo en el Padre, y el Padre y vosotros en mí. La unidad verdadera. Por eso, la Iglesia tiene que dar esa manifestación de unidad, de comunión. Y cuando muchas veces da el escándalo de la desunión, la Iglesia tiene que pedir perdón porque no ha predicado la verdad. La desunión en la Iglesia es triste, hermanos; es el antisigno de Cristo. No es verdadera Iglesia cuando se presenta dividida, a no ser que esas divisiones sean crisis que se superan en el servicio y en el amor.

Jn 14, 20

Y si esta es la Iglesia, la obra de Cristo, el gran trabajador, se presenta, hermanos, esta Iglesia trayéndonos la gracia y la verdad. Cuando el episodio de Felipe —en la primera lectura— llega la noticia a Jerusalén, la autoridad de la Iglesia, significada en Pedro y en Juan, viene a Samaria para orar, para imponer las manos y dar el Espíritu. Decíamos que el Espíritu es la energía de Cristo, y Cristo ha dejado esa energía a la Iglesia, y la Iglesia

Hch 8, 14-15

la administra en su comunión, en sus sacramentos, en su vida litúrgica, en su fe. Por eso, estos momentos, hermanos, en que meditamos la palabra de Dios, ustedes y yo estamos siendo como invadidos por el Espíritu. En este momento las comunidades que están reflexionando esta palabra, ¿saben a qué se parece? Se parece a esos grandes alambres de alta tensión que van llevando la energía eléctrica desde los dinamos creadores de las fuentes del Lempa para convertirse en energía en toda la república. El gran dinamo para nosotros es el Espíritu Santo que nos dio Cristo. Cristo que vive por su Espíritu en su Iglesia. Conectados con ese dinamo, los agentes de la pastoral, las comunidades eclesiales, el cristianismo está llevando energía, Espíritu de Dios, a toda la ciudadanía.

Por eso, hermanos, ¿qué hacemos en esta hora de nuestra patria? Es muy fácil decirlo. Tomemos el Espíritu que Cristo nos ha dado; que cada cristiano trate de ser cada vez más un depositario del Espíritu que Cristo trajo cuando dijo a sus apóstoles: no os dejaré huérfanos, os daré mi Espíritu, mi dinamismo, mi verdad, mi unidad, mi amor. Y en esto os conocerán, en que me amáis y el amor a Cristo se conocerá en que guardáis mis mandamientos. Esto sí, hermanos, un cristianismo salvadoreño que no guarde los mandamientos, la ley de Dios, no es auténtico cristianismo. Un llamamiento, pues, a conversión. Que todos los hogares donde no esté la bendición del sacramento matrimonial, sea bendecido para que esté allí la presencia del Espíritu, el amor a la ley de Dios. Que todo aquel que mata y roba deje de matar y de robar, porque allí está desobedeciendo a la ley del Señor que manda no matar, no robar. Que todas las instituciones nuestras sean verdaderamente instrumentos de la ley del Señor. No necesitaríamos cambiar estructuras si todos los que viven en las estructuras cumplieran esta palabra de Cristo: amar a Cristo prácticamente, cumpliendo su ley.

Vamos a prometerle a nuestro Señor Jesucristo —como ya en víspera del Pentecostés que estamos preparando— que, cuando venga el Espíritu Santo dentro de quince días, ojalá no encuentre corazones cerrados a la ley de Dios, familias todavía sin la bendición del Señor. Que en todas partes se pueda decir que amamos a Cristo porque tratamos de cumplir sus mandamientos. Pongámonos de pie y recemos nuestro credo.

Jn 14, 18

Jn 14, 15

Ex 20, 13.15